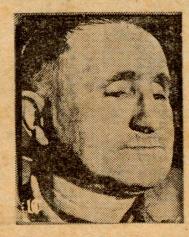
Hacia una creación crítica, no mágica 29/10/61,8

Sebastián Salazar Bondy

Bertold Brecht no admitía el calificativo de revolucionario del teatro, pese a que, gracias a su pensamiento y su obra, la escena moderna ha comenzado a virar desde el punto en que se encontraba a partir de la poética aristotélica en un histórico desplazamiento que la está situando en una edad de la razón. Ha vivido el drama, durante 24 sialos, atado a la teoría del filósofo griego, que postulara para la creación teatral, de acuerdo a su concepción del arte, la imitación mediante la acción, destinada ésta a procurar terror y piedad en el espectador con el fin de provocar en él la catarsis depuradora del alma individual. Esta tesis condujo al drama a la condición de vehículo hipnótico o de operación mágica. La exacerbación de tal concepto de la escena como fuente de enajenamiento se ha producido en el teatro francés llamado "de vanguardia". Ionesco ha dicho: "Quiero la farsa, el atropello dentro de lo paródico. Quiero llegar a lo paroxismico. Hacer un teatro violento: violentamente cómico, violentamente dramático". El "anti-drama" del autor franco-rumano, ino es, más bien, un "ultra-drama" aris-

totélico? ¿Y la presencia ca.



BRECHT teatro revolucionario

si quiñolesca de lo melodramático en la producción contemporánea sujeta a la rutina, no demuestra, acaso, una suerte de saturación aristotélica, de terror y piedad de temperatura delirante?

CONOCIMIENTO EN VEZ DE SUEÑO

Brecht verificó lúcidamente lo que sucedía en la conciencia del espectador colocado frente al hecho dramático movido por esas dos fuerzas pasionales. "Entremos en una sala -escribióy observemos el efecto que

eierce el teatro sobre el público. En torno de nosotros, silvetas inmóviles, sumidas en un extraño estado: esos espectadores parecen tender todos sus músculos en un profundo estado de agotamiento. Ninguna comunicación entre unos y otros; se diría una reunión de durmientes, a los cuales agita un mal sueño... El extravío en el que están sumidos, entregados a impresiones confusas pero violentas, es tanto más profundo cuanto meiores son los actores". De la opinión citada puede deducirse que, era lo que, en principio, el dramaturgo alemán reprochaba al teatro de móviles aristotélicos. Enajenación, solipsismo, confusión, pérdida del raciocinio. Brecht reaccionó vivamente, como Galileo, su personaje, ante el engaño de un universo falseado. Y opuso al error una doctrina y una creación, intimamente ligadas como es preciso que siempre estén la ideología y la praxis de toda realización que se dirige a sacudir estructuras viejas y ya inútiles. Afirmó, entonces, que el público no se debe comprometer sino a medias con el espectáculo, y no para sufrirlo sino para conocerlo. El actor debe, parejamente, provocar en la sala una conciencia denunciando su papel en vez de encarnarlo. El autor, por su parte, no debe construir una imitación (no debe, en suma, cortar aquella "rebanada de vida" de los naturalistas), sino elaborar una narración. El teatro debe ser, en fin, crítico, jamás mágico.

UN HORIZONTE DE POSIBILIDADES

' Son ideas revolucionarias, que se han ido imponiendo poco a poco, pero definitivamente, en el teatro europeo contemporáneo. Nacido en 1898 en Ausburgo y fallecido en Berlín en 1956 sin que ningún diario limeño registrara su muerte, Brecht inició su obra con "Baal" (1922) y ese mismo año obtuvo su primer éxito con "Tambores en la noche". Había viajado, había intervenido en la candente lucha política de su patria, había descubierto un horizonte de posibilidades en la vida y el arte. Su última pieza, de retorno a Alemania tras duro exilio en Estados Unidos y Suiza, fue "La condena de Lucullus", alegato contra la guerra y sus baias motiva-

Próximo artículo: El "Pequeño organon" de Brecht).



EL COMERCIO.—SUPLEMENTO DOMINICAL